Yo soy un hombre formal. Lo único que pasa es que yo no me puedo explicar bien, expresarme...» Una declaración que los autores respaldan, pues se trata de una persona sincera, que responde sin titubeos, excepto con aquellos propios de su humilde expresión, y que carece de deseos de explotar el caso.

Corrobora este juicio el que obtuvimos del dueño de un conocido bar-restaurante de Almusafes, a quien consultamos acerca de la personalidad del testigo. Nos dijo que el señor Gil nunca pisaba los bares de la localidad, ni el suyo ni los de otros propietarios, calificándolo como un hombre que «va de casa al trabajo y del trabajo a casa», con una única pasión, la bicicleta, con la que hace todos sus recorridos. Así, pues, hemos determinado, gracias a una opinión independiente, que al observador de este enigmático suceso no se le conoce ningún rasgo dudoso en su conducta. En fin, como escribió Hynek, es éste un caso típico de observación de «cosas increíbles contadas por personas creíbles».

LOS PEQUEÑOS MONJES DEL ESPACIO

«Un vecino de Turís, a 3 m de un OVNI y sus tripulantes.» Así rezaba el titular de una noticia que, en la sección regional del diario de Valencia *Las Provincias*, fue publicado el 10 de agosto de 1979. La información, correcta en líneas generales, pero no exenta de algún error importante, como pudimos comprobar posteriormente, señalaba la observación, por un vecino de Turís, de un objeto de extraño aspecto, aterrizado, la aparición de dos pequeños seres que penetraron en el mismo y el fugaz despegue del vehículo. Dado que el suceso había ocurrido tan sólo 16 días atrás, y espoleados ante la posibilidad de hallar algún rastro todavía visible que pudiera haber dejado el objeto, los autores, de una parte, y sus colaboradores de *AVIU* —equipo de jóvenes investigadores valencianos—, de otra, nos lanzamos de inmediato a la encuesta de lo que prometía ser un hecho notable.

El grupo de universitarios hizo tres visitas, una de las cuales se extendió durante 36 horas —incluyendo una noche, pasada en tienda de campaña, junto a las huellas de las que luego hablaremos—, y los autores giramos una única visita, en el curso de la cual entrevistamos largamente al testigo e inspeccionamos el lugar (foto 8). Este informe es el resultado consolidado de las conclusiones de ambos equipos de trabajo, en una muestra de cooperación que juzgamos modélica.

El suceso ocurrió en el término municipal de Turís (Valencia), localidad situada a 35 km de la capital de la provincia. Turís se encuentra enclavado en la comarca de La Ribera Alta, formando también parte de la subcomarca de La Baronía de Turís. El lugar es un típico paisaje de piedemonte valenciano: terreno de relieve ondulado, muy poco accidentado, salpicado de algunas lomas y cerros. Es atravesado, de Oeste a Este, por el río Magre. Se trata de una zona de escasas precipitaciones y de clima mediterráneo, características propias de las comarcas interiores de la provincia de Valencia.

El incidente en cuestión tuvo lugar en la denominada partida de la Albaina, área de viñedos, cultivo predominante en toda la subcomarca, salpicada asimismo de campos de algarrobos, siendo precisamente en un pequeño camino situado entre dos de estos campos donde se produjo el aterrizaje. La zona viene enmarcada por la *Serra del Castellet* (324 m), *El Portell* (357 m), *Els Barracons* (375 m), *Penyes Rojes* (298 m), y *Les Moletes* (346 m), que constituyen la orografía del lugar.

El punto exacto de la observación se encuentra a unos 4 km al sur del pueblo de Turís. Para llegar a él debe recorrerse un camino que es sólo transitado por los tractores y automóviles de los propietarios de las fincas colindantes al mismo, y es utilizado exclusivamente para las idas y venidas de las faenas agrícolas. Su polvoriento recorrido transcurre entre algarrobos y campos de vid y acaba bruscamente en un desnivel que da al río Magre. Constituye el ramal izquierdo del camino vecinal que comunica Turís con la Partida de la Albaina. Se trata, pues, de una zona bastante despoblada, propia de su carácter totalmente rural.

Un acontecimiento inesperado

El miércoles día 25 de julio de 1979, Federico Ibáñez Ibáñez, de cincuenta y cuatro años de edad, agricultor, se dirigía con su automóvil, un «Renault 6», a un viñedo de su propiedad situado en la partida mencionada, con el propósito de recoger uva para la comida. Era un día soleado, y el calor se hacía notar. Mientras conducía despreocupadamente observó, a unos 700 m de distancia en línea recta, un brillo que supuso sería el coche de su vecino de campo, que también habría ido a recoger uva. Con esa idea, y sin darle mayor importancia al hecho, siguió conduciendo tranquilamente, perdiéndolo de vista, dado el trazado sinuoso de la carretera por la que circulaban. Poco después, cuando ya se encontraba a unos 50 m del origen del brillo visto con anterioridad, volvió a verlo, y entonces comprobó que se trataba de un objeto

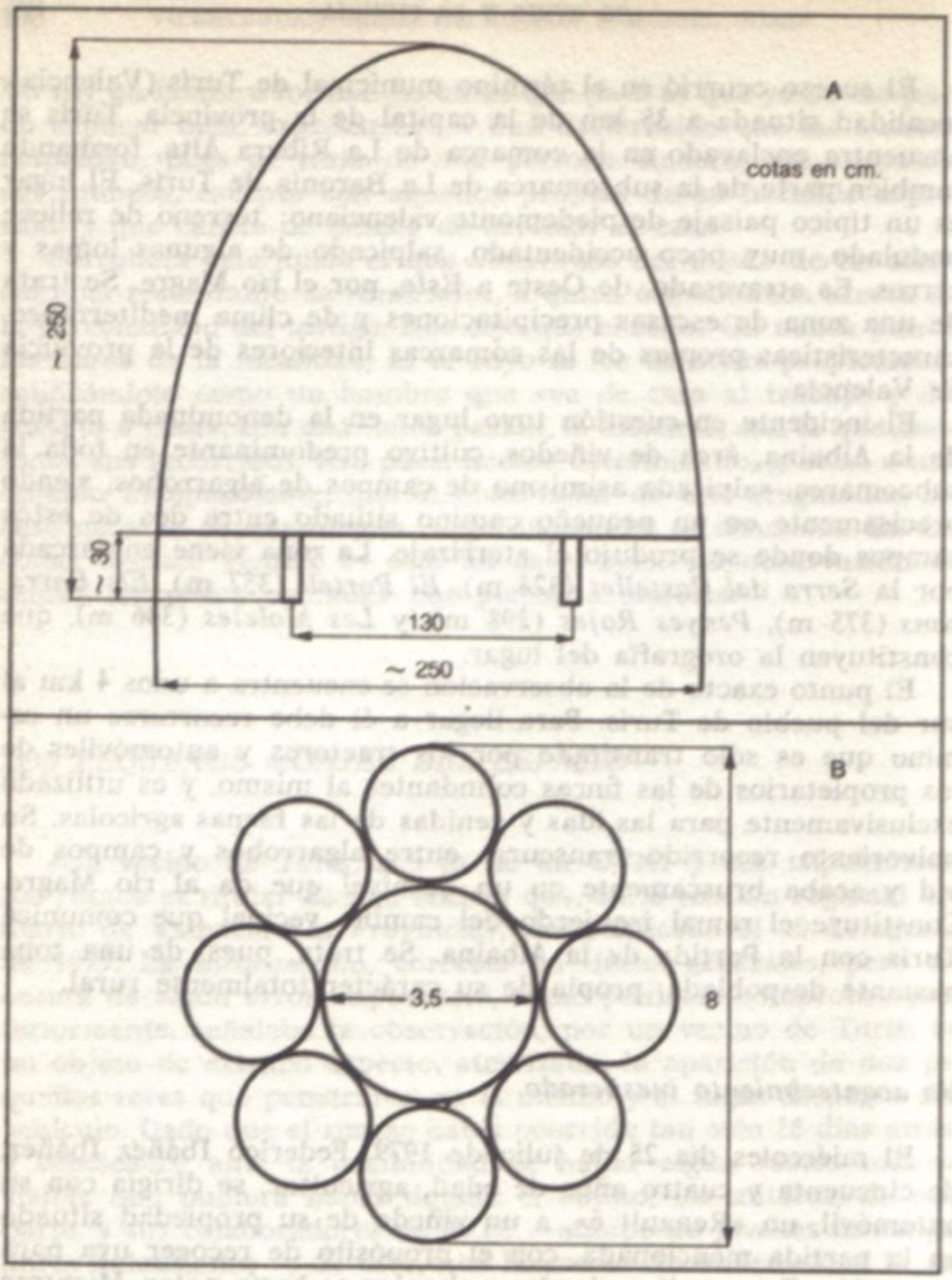

Fig. 17

Turís (Valencia), 25 de julio de 1979.
A: alzado del objeto aterrizado. Fue descrito como en forma de «medio huevo», y desde la posición del testigo sólo eran visibles dos soportes.
B: croquis de una de las cuatro huellas encontradas en el lugar del aterrizaje. Las huellas se colocaban en los vértices de un rectángulo cuyos lados median 176 × 130 cm.

que se encontraba en medio del camino, bloqueando su paso. El señor Ibáñez siguió avanzando en dirección al objeto, convencido de que se trataba del «Seat 600» del hijo de su vecino, lo cual da idea de lo normal que para él era hallar un coche estacionado en aquel sitio.

Continuó avanzando con ánimo de dejarlo detrás de lo que todavía pensaba era un automóvil, con el fin de saludar a su propietario, buen amigo suyo. Eran entonces las 11.30 de la mañana. Cuando sólo le separaban 4 m del objeto, y ya a punto de quitar el contacto del coche, se apercibió de que el vehículo que tenía enfrente no tenía ruedas y que se apoyaba en tierra sobre dos «patas». Su forma era la de «medio huevo» con la base plana, de color «blanco reluciente» y cuyas dimensiones más probables serían 2,5 m de alto (incluyendo los 30 cm de la altura de los soportes sobre los que estaba plantado) y 2,5 m de ancho (apartado A de la figura 17). Del testimonio relativo al color se desprende que el testigo tenía ante sí un cuerpo bruñido al que hería el Sol: «Era una cosa metálica muy brillante, un blanco muy fuerte que nunca había visto en mi vida.» La superficie del objeto carecía de detalles, siendo absolutamente lisa y de tonalidad homogénea. Como hemos dicho, el objeto, al menos desde la óptica del testigo, descansaba sobre dos «barras de hierro», las cuales eran de color plomizo metálico y cuya anchura era uniforme hasta el suelo. Hemos calculado que su diámetro sería de unos 8 cm.

Mientras miraba, sorprendido, al objeto a través del parabrisas de su coche, el señor Ibáñez se percató de pronto de la presencia de dos seres idénticos, de corta talla, que aparecieron detrás de un algarrobo situado a unos 10 m a su izquierda y que, corriendo a gran velocidad, se introdujeron en el aparato por su parte izquierda. La situación del testigo le impidió ver si existía alguna abertura en ese lado del objeto. En el instante inicial de la observación de los seres, éstos fueron vistos a través de la ventanilla izquierda del coche, cuyo cristal estaba bajado debido al calor del día (plena canícula). El señor Ibáñez, que es cazador y está acostumbrado a seguir con la vista y con su escopeta a animales tan rápidos como las liebres y los conejos, nos explicó, asombrado, que «de haber tenido la escopeta en la mano, difícilmente los hubiera alcanzado», y que «parecía como si fueran en corriente, con una velocidad tan fuerte que se salía de lo normal». Dada la trayectoria que éstos realizaron, el testigo sólo pudo observarlos de perfil, puesto que en ningún momento giraron la cabeza para mirarle. Iban uno detrás de otro, casi pegados, separados unos 30 cm y recorrieron los 11 m que mediaban entre el algarrobo del que salieron y el objeto —según Ibáñez— apenas en 2 segundos. (Nosotros entendemos que el testigo peca por defecto

a la hora de estimar el tiempo.) No iban completamente erguidos, sino que llevaban la cabeza y el cuerpo ligeramente inclinados hacia delante (fig. 18).

El testigo declara que la estatura de los seres rondaría los 80 cm. Sin embargo, la reconstrucción de su altura, realizada en casa del testigo y desde una distancia similar a la que en su día le separó de los seres, dio una medida igual a 98 cm. Entre ambas, lógicamente, debe hallarse la verdadera talla de los humanoides.

Ambos llevaban la misma indumentaria, que consistía en una vestimenta muy ancha, de color blanco brillante, que se iniciaba en la frente y, siguiendo hacia atrás, les cubría por completo todo el cuerpo, llegando casi hasta el suelo. Los trajes parecían hechos de una sola pieza, y su ampulosidad fue otra de las cosas que llamó poderosamente la atención del testigo, el cual insistió varias veces en que los humanoides «parecían una bola, eran muy anchos comparados con su altura y, con los trajes, parecían muy gordos». Tan es así, que su impresión era que los trajes «estaban hinchados de aire». El grosor de los ocupantes con tal indumentaria sería de unos 40 cm, es decir, aproximadamente la mitad de su altura.

Los trajes presentaban un movimiento de ondulación cerca del suelo, como consecuencia de la velocidad que llevaban los seres, como unas anchas sotanas de monje que se abrieran cerca de su base. Ello pemitió a Ibáñez observar fugazmente los pies. La descripción que da de ellos es que iban cubiertos y eran muy pequeños, «como si fueran guantes de boxeador que sólo les cubrían los pies». Los movían muy rápidamente, con pasos muy cortos. Su color era negro.

Siguiendo con los detalles de su anatomía, los brazos eran cortos y terminaban en manos, destapadas y aparentemente cerradas. Los brazos, proporcionados al cuerpo, estaban pegados al mismo, casi confundiéndose con él. Los llevaban estirados hacia abajo y no los movían.

Las humanoides llevaban en la cara lo que el testigo definió como «las gafas que se usan para soldar, pero más largas...». Consistían en dos tubos, de pequeño diámetro, de color negro, que sobresalían de la cara unos 7 u 8 cm, y que destacaban, por su color, del resto de la indumentaria. La cara de los seres iba descubierta, pese a lo cual no pudo apreciar el testigo detalles en la misma, tanto por el tamaño de las gafas, que la tapaban en parte, como por la extraordinaria rapidez con que corrían. La vestimenta, que arrancaba de la frente, hacía de capuchón en su cabeza, por lo cual no pudo observar ni orejas ni pelo.

El testigo no puede asegurar si los humanoides se hallaban situados detrás del algarrobo del que los vio salir o si bien venían

ya corriendo desde una viña situada a espaldas de dicho algarrobo.

El objeto despegó en el momento en que los humanoides penetraron en él. Su despegue fue rápido, pese a lo cual el señor Ibáñez pudo apreciar claramente, a través del parabrisas delantero de su coche, la parte baja del mismo; era redondeada, completamente lisa y del mismo color blanco brillante que el resto de su superficie. Un detalle importante es que mientras el objeto se iba elevando, el testigo ya no le pudo ver las patas, lo cual le llamó mucho la atención. A partir de esto, podemos suponer que el OVNI, en el mismo instante de su despegue, retrajo rápidamente sus patas de sustentación, lo cual hizo que el testigo no observara protuberancia alguna en su base.

Al parecer, la trayectoria del objeto en su ascensión no fue por completo vertical, sino ligeramente oblicua hacia su izquierda (entre 260º y 265º de dirección Oeste-Sudoeste). Una vez sobrepasó el campo de visión del testigo, éste salió precipitadamente del coche, alzando la vista al cielo y llegando a ver cómo el OVNI, del tamaño aparente de una «perla», desaparecía definitivamente en la altura.

En ningún momento de la observación oyó el testigo ruido alguno procedente del objeto, siendo éste un detalle que le impresionó sobremanera, comentando con nosotros: «No me explico que a tanta velocidad no hiciera ningún ruido.» A pesar de que el señor Ibáñez no tuvo tiempo material de quitar el contacto del coche, éste estaba al ralentí y apenas hacía ruido. Además, al tener la ventanilla bajada, en caso de producirse algún sonido, éste debería haberse escuchado.

En su movimiento ascensional, el objeto levantó un cierto torbellino de polvo, que hizo que la zona inmediata al lugar del aterrizaje quedara completamente «barrida» de polvo, efecto que comprobamos personalmente en nuestra primera visita al lugar de autos. La polvareda que se levantó no obstaculizó la visión del fenómeno, dado que se desplazó a la derecha del coche del testigo.

La duración total del avistamiento se evalúa de la forma siguiente: 3 minutos desde que se vio el reflejo por primera vez hasta que el testigo llegó a la altura del OVNI, alrededor de 6 segundos desde ese momento hasta el despegue del objeto y otros 4 segundos hasta que éste se perdió en el cielo como mínimo.

El señor Ibáñez entró nuevamente en el coche y siguió hasta su viña, preguntándose entonces qué era lo que había visto. Una vez en el campo, y mientras recogía uva, continuó pensando en el suceso, lo cual hizo que, ante la extrañeza del mismo, le entrara miedo y a los pocos minutos decidiera regresar rápidamente a Turís. Al pasar por el lugar en donde había estado posado el OVNI, bajó y echó una ojeada a los alrededores, «por si se habían deja-

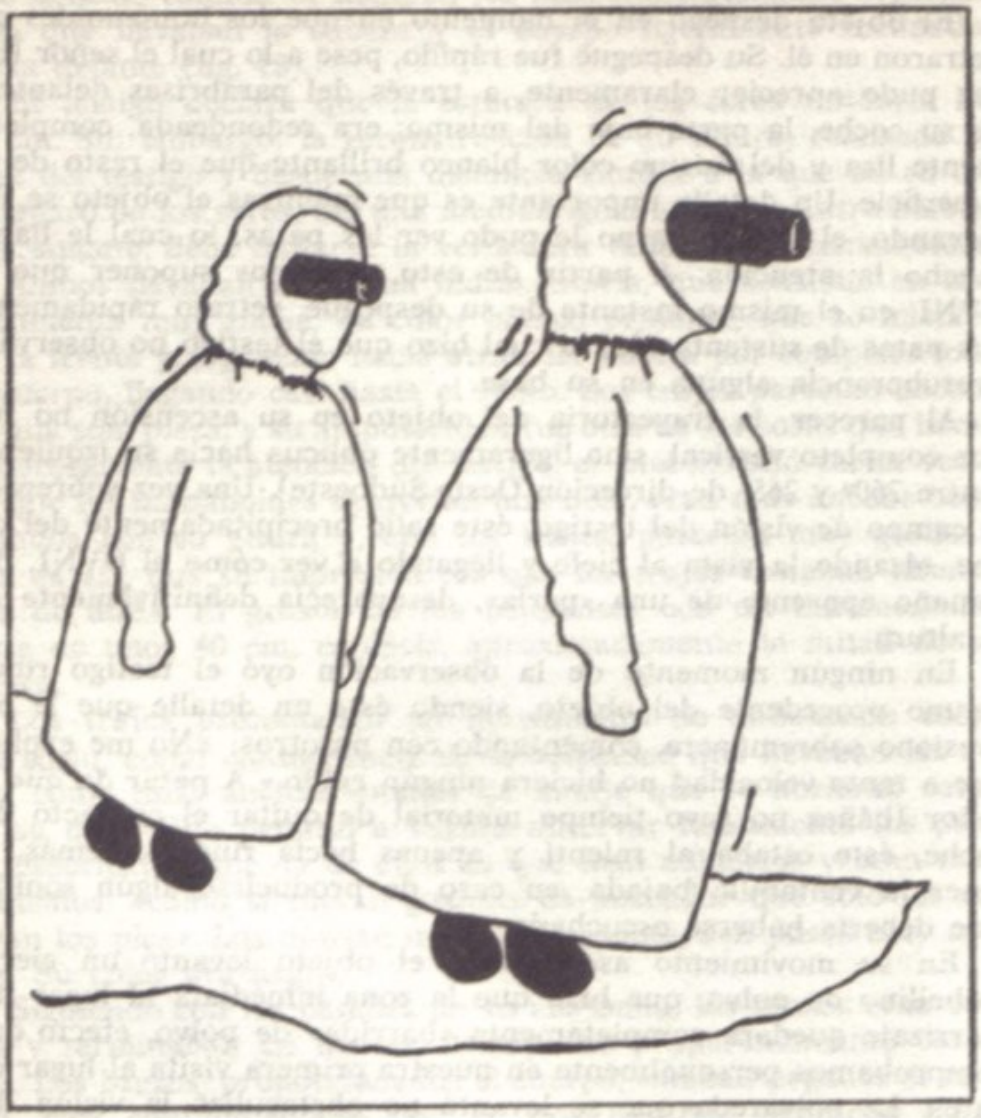

FIG. 18

Los seres observados en Turís. Este dibujo se ajusta completamente, sin ninguna licencia artística, a la descripción ofrecida por el agricultor Federico Ibáñez, testigo de tan inusitada sucesión de hechos extraños.

do algo». Impresionado cada vez más por lo que le había ocurrido, se dirigió a casa de su cuñado, en donde se iba a reunir toda la familia a comer con motivo de la festividad del día.

El testigo, atropelladamente, relató su experiencia a los presentes, lo cual les causó la natural sorpresa. Ante lo insólito de lo sucedido, decidieron acudir de nuevo al lugar. Junto con el señor Ibáñez, en su coche, fueron su mujer, su hija y su yerno, reco-

giendo antes al director de la sucursal del Banco de Valencia, en donde trabaja su yerno.

Al llegar al lugar se encontraron con que el propietario de una viña de los alrededores había situado su automóvil justamente en el sitio en donde había estado posado el OVNI. Por temor al ridículo, el testigo y sus familiares no quisieron indicar al dueño de dicho automóvil que lo apartara del lugar, ya que entonces se hubieran visto obligados a comentarle lo sucedido. Una vez solos, y dado que éste había bajado a inspeccionar sus viñas, y a pesar de no poder examinar el sitio justo del aterrizaje, se quedaron observando con detalle los alrededores, apreciando claramente cómo el suelo se encontraba literalmente «barrido» de polvo y piedras pequeñas como consecuencia de la ascensión del objeto. Detrás del algarrobo del que habían surgido los dos seres se hallaron dos agujeros en la tierra que el testigo, como buen cazador que es, no identificó como las excavaciones propias de los conejos, a las que en principio se asemejaban, ya que no presentaban los típicos montoncitos de tierra extraída. Este hecho no podemos relacionarlo directamente con el suceso, pero podría ser asimilado al mismo con las lógicas reservas.

Huellas físicas

La evidencia —de orden físico— más rotunda de este caso se refiere al hallazgo de cuatro improntas, correspondientes a los cuatro presuntos soportes de sustentación del objeto. Aunque el señor Ibáñez sólo observó dos de las patas, creemos que ello fue debido al ángulo visual subtendido desde el interior de su coche.

Justamente 17 días después del incidente, el grupo de encuesta de *AVIU* encontró las huellas. Aduciremos seguidamente varias razones que explican cómo éstas no fueron vistas por el testigo con anterioridad:

1. Cuando, después del suceso, el testigo regresó al lugar, sólo se preocupó de buscar algún rastro junto al algarrobo que pudiera denotar la realidad de la presencia de los seres.

2. Más tarde, y ya acompañado por otras personas, recordemos que se toparon con que otro coche había sido aparcado en aquel mismo lugar.

3. Debido a que en esas fechas se procedía a la recogida de la uva, el camino en cuestión fue posteriormente muy transitado por tractores y otros vehículos, lo cual ayudó a que las huellas, de escasa profundidad, quedaran recubiertas de tierra e invisibles. Que esto es cierto lo prueba el hecho de que el testigo, cuando días más tarde señaló en el suelo con un palo un círculo que

quería denotar el perímetro aparente del OVNI, no vio las huellas. Sin embargo, cuando los jóvenes del equipo *AVIU* dieron con ellas, encontraron que la burda raya hecho por el testigo había cortado una de las huellas. Las tres restantes estaban inscritas en el círculo.

4. La noticia del caso, tal como se publicó en la Prensa, señalaba, equivocadamente, que el aterrizaje se había producido dentro del campo de algarrobos. Este afortunado error hizo desviar la atención de los curiosos hacia otras zonas, lo cual contribuyó a la preservación de las huellas. El paso de los muchos curiosos por el camino también sirvió para que éstas quedaran aún más ocultas por el polvo y la tierra.

Las huellas fueron encontradas al fijar la atención de los encuestadores en el área precisa inscrita en el círculo dibujado días antes en el suelo por el testigo. Tras limpiar el polvo de donde parecía haber una hendidura, un extraño rastro quedó al descubierto. Inmediatamente se buscaron afanosamente otras posibles marcas, hasta localizar tres más.

Las cuatro huellas enmarcaban un rectángulo perfecto de 177 × 130 cm. Esta regularidad, unida a que su disposición coincidía con el lugar exacto del aterrizaje y por su inscripción dentro del marco dimensional del OVNI, demuestra la relación entre el fenómeno observado y las marcas halladas.

Éstas estaban algo deterioradas (fotos 9 y 10), pese a lo cual, y gracias a las mediciones que se hicieron oportunamente, podemos describir su forma primitiva en detalle (véase el apartado B de la figura 17): enmarcando una circunferencia de unos 8 cm de diámetro, consistía en una forma lobular a la que diera lugar la sucesión de 8 casquetes esféricos unos 2,25 cm de diámetro, que, a su vez, rodeaban simétricamente un casquete central, cuyo diámetro era de unos 3,5 cm. La profundidad de las huellas no era idéntica en los dos tipos de casquete esférico: el central penetraba en el terreno de 9 a 14 mm (debido a la falta de homogeneidad de la dureza del suelo), mientras que la profundidad de los más pequeños era muy leve. La orientación del lado mayor del rectángulo formado por las huellas era hacia el Sudeste.

El camino en el que se posó el OVNI es de tierra apisonada, producto del constante paso de tractores y otros vehículos que se dirigen a los campos cercanos. Ello ha producido una gran compactación en el mismo, hasta el punto de hacerlo extremadamente duro. Se daba también la circunstancia de que hacía mucho tiempo no había llovido en la zona, lo cual reforzaba la dureza del terreno, extremo que contribuyó fundamentalmente a la preservación de las huellas.

Hay que hacer constar que, pese a la relativamente densa

circulación que soportó el camino en las fechas que siguieron, los tractores que por allí pasaron carecen de aperos que pudieran señalar o remover la tierra del camino, por lo cual las huellas no fueron destruidas. Por otra parte, se comprobó que ninguno de los aperos agrícolas de los tractores de la zona pudo causar las huellas, dada la falta de correlación entre las características de unos y de otras, así como su disposición.

Los miembros del grupo *AVIU*, cuya excelente encuesta ha sido integrada en este informe, construyeron un durómetro sencillo, siguiendo las indicaciones de Alberto Adell en su *manual* (2), con el que poder determinar, *grosso modo*, la fuerza ejercida en la realización de unas huellas. Ejerciendo una fuerza conocida sobre el durómetro, éste provoca una incisión en el suelo, cuyo volumen se mide. Al comparar matemáticamente esos dos datos conocidos con el volumen de la huella incógnita, se deduce el esfuerzo que tuvo que hacerse para su realización. Pues bien, tres mediciones se llevaron a cabo, junto a las tres huellas más visibles, deduciéndose en todos los casos una fuerza igual a 980 kilogramos-peso. Como quiera que fueron 4 las huellas, la fuerza total que debió de hacer el OVNI en su descenso para poder imprimirlas fue de unos 3.900 kilogramos-peso. Dado que el durómetro empleado es de construcción muy elemental, que no fue fácil determinar el volumen real de las huellas del OVNI y que se hizo alguna aproximación al calcular la propia fuerza realizada en la producción de las huellas que sirvieron de patrón para la comparación, los valores arriba expresados sólo pueden considerarse como meramente indicativos.

Se procedió a la recogida de muestras de tierra, tanto de varios puntos adyacentes como del interior del rectángulo que encuadraba las cuatro marcas ocasionadas en el aterrizaje, incluyendo la parte posterior del algarrobo del que salieron corriendo los dos seres.

Cinco muestras diferentes del suelo fueron remitidas a José Luis Caso, biólogo del *Consejo de Consultores de Stendek* (véase la sección «Hacia una Ufología científica», en el capítulo V), quien elaboró el correspondiente informe (3), que incluimos a continuación:

«Las muestras numeradas como 1, 2, 3 y 4 presentan un aspecto muy similar entre sí, con color rojizo y ausencia total de vegetación o restos orgánicos; se corresponden con terreno perteneciente a un camino vecinal sobre el que, según el testigo, aterrizó el OVNI, y han sido obtenidas en las siguientes posiciones:

»— Muestra 1: al lado de una de las huellas dejadas por el objeto.

»— Muestra 2: en el centro del rectángulo formado por las huellas.

»— Muestra 3: a 1 m del entorno ocupado por el objeto.

»— Muestra 4: a 25 m de las huellas, pero dentro del mismo camino.

»En cuanto a la muestra 5, se observa una clara diferencia con las demás: su aspecto es más pardusco y presenta numerosos restos vegetales (hojas y ramitas secas): en dichos restos no se observa señal alguna de quemaduras, roturas violentas ni otros efectos anormales. Se corresponde con una muestra tomada fuera del camino, debajo de un algarrobo, donde el testigo vio a dos seres corriendo hacia el aparato y donde posteriormente se encontraron dos extrañas hendiduras en el suelo.

»Parámetros analizados. Se han previsto dos posibilidades:

»*a*) que el OVNI emitiese alguna forma de radiactividad;

»*b*) que emitiese una radiación calorífica intensa.

»En el caso de la radiactividad, ésta se midió directamente en todas las muestras. Para la detección de una emisión calorífica se escogieron los parámetros pH * y carbonatos (en porcentaje) que, bajo dicha emisión, deberían haber aumentado y disminuido, respectivamente. Los resultados obtenidos son éstos:

Muestra	*Radiactividad*	*pH*	*Carbonatos*
1	Negativa	7,70	51,7 %
2	Negativa	7,75	53,5 %
3	Negativa	7,80	54,0 %
4	Negativa	7,90	49,0 %
5	Negativa	7,55	37,7 %

»La ausencia total de radiactividad en las cinco muestras indica, en principio, que sobre el terreno no hubo ninguna fuente de radiactividad, pero teniendo en cuenta el tiempo transcurrido entre la fecha del incidente y la del análisis (más de tres meses y medio), no se puede descartar por completo la hipótesis de que se hubieran producido isótopos de vida media corta que, en el momento del análisis, se habrían desintegrado casi por completo, pero parece poco probable.

* El pH expresa la acidez o alcalinidad de una solución acuosa, mediante la determinación del valor de la concentración de hidrogeniones (átomos de hidrógeno cargados positivamente) en la misma. El pH del agua pura es 7, y esta cifra se toma como el valor equivalente a la neutralidad del líquido que se analiza. Un pH inferior a 7 indica acidez, mientras que uno superior indica alcalinidad.

»Los resultados del pH y carbonatos se han analizado por el método estadístico X^2, resultando que:

»— Las diferencias observadas en el pH son debidas al azar del muestreo y a errores de medida, con un nivel de significación de 0,01; en otras palabras: la probabilidad de que sean debidas a una causa "extraña" es inferior al 1 %.

»— Las diferencias en cuanto al porcentaje de carbonatos son significativas, incluso con un nivel de significación de 0,50, pero si se tienen en cuenta sólo las muestras 1 a 4, las diferencias dejan de ser significativas, con un nivel de significación de 0,05, es decir, la probabilidad de que se deban a otra cosa que no sea el error en la medida, es menor del 5 %. Creo razonable excluir del cálculo la muestra 5, puesto que, como ya se dijo, pertenece a un terreno distinto, en el que la materia orgánica es más abundante y, en consecuencia, los carbonatos son más escasos, pero sin que quepa atribuir esta escasez a ningún factor exógeno.

»En resumen, los resultados no proporcionan evidencia alguna que apoye las hipótesis supuestas en un principio (emisión de radiactividad y/o de una alta temperatura).»

Tras este análisis, pueden ser pertinentes algunas consideraciones. Es elemental que, al desconocer como desconocemos la naturaleza exacta del fenómeno OVNI y —en el supuesto de que se identifique con máquinas— dada nuestra absoluta ignorancia sobre su sistema de propulsión, los investigadores vamos a ciegas a la hora de analizar muestras de suelos o de objetos que han sido afectados de alguna manera por el OVNI, porque, ¿qué debemos buscar?, ¿cuáles son los parámetros físicos, químicos o biológicos que presentarán desviaciones de tal magnitud que nos llamen la atención?

En el caso de Turís, sólo nos fue posible estudiar dos parámetros, radiactividad y calor, con resultado negativo. Pero, ¿qué se podría conseguir disponiendo de mejores medios y de más personal con deseos que aportar su colaboración? Técnicas más complejas podrían usarse, por ejemplo, para la comprobación de la incidencia de una fuente calorífica, como la de la termoluminiscencia (4, 5). Para corregir esta situación, que impide el desarrollo de una verdadera Ufología científica, debe haber un mayor acercamiento de los círculos científicos y universitarios al problema OVNI, a lo que los autores tratamos de contribuir con este libro, proveyendo la documentación y el tratamiento adecuados

para una nueva toma de posición y concienciación del medio académico y profesional.

Una palabra más acerca de los resultados de los análisis. En línea con lo dicho anteriormente, creemos oportuno traer aquí una frase de Martin Rees, acotada en un informe de la NASA sobre diseño de técnicas para la detección de vida inteligente extraterrestre (6) y que, a nuestro juicio, hay que tener muy en cuenta: *Ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia.*

Las extensas y detalladas investigaciones sobre el caso, realizadas por dos grupos diferentes de encuesta y consolidadas en este informe, concluyen que el señor Federico Ibáñez fue testigo de un fenómeno que parece atenerse objetivamente a las características ya citadas. Antes de pasar a la interpretación de la experiencia, digamos algo del observador. Se trata de un hombre de más de cincuenta años de edad, de carácter abierto y afable que, en todo momento, se mostró dispuesto a colaborar en la investigación de su avistamiento. Es el típico hombre de campo, de escasa cultura y cuya principal preocupación es el cuidado de sus viñedos, en los que prácticamente trabaja de sol a sol. Nunca se había preocupado por las historias de «platillos volantes», hasta tal punto que desconocía el significado de las siglas OVNI. A este respecto, resulta interesante saber que el testigo no llegó a ver la serie de RTVE *Investigación OVNI*, dado que, normalmente, se duerme delante del televisor debido a la fatiga del trabajo en el campo.

El testigo no necesita gafas y es un experimentado cazador, actividad que requiere buena vista, buenos reflejos y buena apreciación de medidas y distancias, cualidades de las que hizo gala en el transcurso de las encuestas y que explican la gran cantidad de detalles percibidos en el breve tiempo que duró el avistamiento cercano.

En las independientes y repetidas conversaciones mantenidas con el señor Ibáñez, que se extendieron a lo largo de un año, no se presentó nunca ninguna contradicción apreciable en su relato. Aunque el testigo no frecuenta bares, sí relató el hecho a sus familiares, quienes extendieron la noticia, hasta que llegó a oídos del corresponsal en Turís del diario *Las Provincias*, quien más tarde le hizo una entrevista. Esto explica el retraso con que la observación apareció en la Prensa.

El señor Ibáñez no ha tenido nunca ningún problema médico. De las charlas mantenidas con familiares y conocidos obtuvimos la mejor de las impresiones. Todas las referencias fueron sobresalientes. Se nos dijo que no es hombre impresionable ni dado a fantasías, y tampoco persona capaz de inventar y menos de fingir una historia como ésta.

La credibilidad del caso es muy alta, pues lo es la del testigo, porque se cuenta con el apoyo de una evidencia física notable y porque la descripción del objeto y de los seres que lo tripulaban no puede englobarse en nada conocido hoy en día.

Preguntada la esposa del señor Ibáñez sobre lo que ella pensaba del incidente, fue lacónica: «Lo que dice mi marido es de veras. Si mi marido ve blanco, es que es blanco, y si ve negro, es que es negro. Nada más.» ¡Nada menos!, diríamos nosotros. Una afirmación contundente, que sirve para dibujar lo favorable del carácter del observador y ratificar su seriedad.

Bibliografía

1. Varios, *Sí: están. Aproximación científica a los OVNIS*, vol. I, Editorial 7 1/2, Barcelona, 1978.
2. Adell, Alberto, *Manual del ufólogo*, Editorial 7 1/2, Barcelona, 1979.
3. Caso, José Luis, *Informe sobre análisis de muestras de suelo*, comunicación personal a *AVIU*, 30 de enero de 1980.
4. Zeller, E. J., *The Use of Thermoluminiscence for the Evaluation of UFO Landing Site Effects*, en *Proceedings of the 1976 CUFOS Conference*, Nancy Dornbos, editor, CUFOS, Evanston, Illinois, mayo de 1976, págs. 301-308.
5. Stevens, G., *Thermoluminiscence Measurements of Soil Samples Affected by a UFO*, «CUFOS Bulletin», primavera de 1978, págs. 1 y 3-6. Y *The Kettering Tasmania Landing-A Study*, K. Roberts y G. Stevens, «Flying Saucer Review», XXIV, 3, 1978, págs. 18-21, publicado en noviembre de 1978.
6. Oliver, B. M., *Project Cyclops*, CR 114445, NASA/Ames Research Center, Moffett Fields, California, 1973.